

---

---

# BILL PRONZINI MERCURIO

---

---



E T I Q U E T A



N E G R A

«Una trama rica, personajes fuertes y excelentes toques de humor, hacen de *Mercurio*, una de las mejores novelas del detective Sin Nombre». *Publishers Weekly*.

\* \* \*

«Era el caso más jodido con que me había encontrado. Muchas de las piezas surgían inesperadamente y no había manera de colocarlas en su lugar. Por la misma razón no tenían sentido individualmente. Era como rellenar un termómetro con gotas de mercurio sin los instrumentos apropiados; cada vez que intentabas coger una de las gotas, se escapaba entre los dedos». *Bill Proznini en Mercurio*.

A Ed y Pat Hoch,  
buenos amigos en tiempos difíciles.

# Prólogo

*Nacido en California en 1947, pero educado sentimentalmente en la década de los años 30 y principio de los 40 y con una obsesiva afición a las revistas policiacas («Es la única pasión que tengo en la vida, una pasión devorante»), Bill Pronzini es el último de los clásicos, o un «clásico vivo» como prefiere llamarlo Newsweek, dentro de la tradición del género hard-boiled estadounidense.*

*Escritor profesional a partir de 1968, Bill Pronzini ha combinado su mencionada obsesión por las viejas revistas policiacas (tiene la mayor colección privada de los Estados Unidos, con cerca de cinco mil ejemplares), con una incesante producción literaria.*

*Al principio, y mientras se abría camino en la obligada senda de la literatura detectivesca, Pronzini fue escritor porno a sueldo y bajo seudónimo. A partir de 1971, con la aparición de su más conocido personaje, el detective «Sin nombre» en The Snatch, Pronzini realiza hasta mediados de los años 80, más de 30 libros, entre ellos 15 dedicados a su personaje favorito.*

*Curiosa combinación: un estilo de los años 30-40, «chandleriano», y un espacio geográfico contemporáneo.*

*Dos de sus novelas ha obtenido el Edgar, el mayor premio otorgado por los escritores policiacos de los Estados Unidos, y una de ellas, Hoodwink, ha tenido un gran éxito de crítica en Francia.*

*Pronzini ha escrito varios libros en colaboración con otros autores policiacos, cruzando los personajes de ambos en una trama única. Dentro de este sorprendente experi-*

mento destacan *Doble con Marcia Muller*, *Twospot*, con *Collin Wilcox* y *Nightscreams*, con *Barry Malzberg*.

Con Mercurio, *Etiqueta Negra* inicia la verdadera presentación a los lectores en castellano de un autor prácticamente desconocido en nuestro país (existe una edición de *Pánico*, en libro-revista, una de sus primeras novelas, de muy mediana calidad) pero ampliamente reconocido por los críticos norteamericanos y franceses. Pronto otras dos de sus mejores obras estarán editadas en nuestra colección: *Archivo* y *Sombras nocturnas*.

**PACO IGNACIO TAIBO II**

# UNO

Aquel desván tenía unos seis metros cuadrados, los suficientes para alojar una oficina. Las paredes eran de una especie de color beige, el suelo de medio linóleo y medio madera, el techo alto y con una claraboya y un aplique de luz colgado y que ofrecía el aspecto de un garfio al revés rodeado por racimos de testículos de latón. Había dos ventanas en la pared de enfrente de la puerta, separadas una de otra, una tercera aparecía en la pared de la izquierda. Y eso era todo; ni mobiliario, ni antesala, ni recodos ni un armario, no había nada que ver excepto algunas manchas y líneas multicolores pintadas sobre medio suelo de linóleo.

—¿Y bien?, ¿qué opinas? —preguntó Eberhardt.

Aún no sabía qué opinar, acabábamos de traspasar el umbral de la puerta. Sin mediar palabra me dirigí a una de las ventanas de la pared de enfrente; una maravillosa vista cuesta abajo de la parte trasera del Edificio Federal, o lo sería en un día claro. Aquel día de principios de diciembre lloviendo a cántaros y con el cielo de mediodía tan oscuro como el polvo, aquel edificio y los otros cercanos aparecían como imprecisas siluetas con las cabezas cortadas por nubarrones que se deslizaban a toda velocidad. Me acerqué a la ventana lateral; la vista era aún mejor: una pared de ladrillo del edificio adyacente.

—¿Y bien? —preguntó Eberhardt de nuevo. Me había seguido de ventana a ventana y respiraba en mi cuello—. No está mal ¿eh?

—No muy mal —admití, volviéndome.

—No es la calle Montgomery o la pirámide Transamerica, pero puede pasar, hay barrios peores. La calle O'Farrell

no es una mala dirección, está cerca de Van Ness; y los otros inquilinos son bastante respetables, una camisería en la planta de abajo, y un negocio de bienes inmuebles en la primera planta. Es mejor que la oficina que tenías en Taylor.

Asentí; tenía razón.

—Tendrá buen aspecto cuando la arreglemos —dijo—. Colócale una buena alfombra, cuelga unos cuadros en las paredes, ponle mobiliario, y quizá escribe nuestros nombres en el cristal. ¿Qué te parece la idea?

—Es una idea —dije. Pero no me gustaba; me recordaba a Spade y Archer, y de cómo les iban las cosas antes de que Spade se mezclase con aquel pájaro negro—. ¿A qué viene toda esa pintura en el suelo?

—Antes era una escuela de arte —respondió Eberhardt—. Ése es el motivo de la claraboya; el tipo que la dirigía corrió con los gastos de la instalación. Murió hace un par de meses; él solo la dirigía, así que se murió cuando él.

—¿Quién te ha contado eso?

—Sam Crawford, el propietario del edificio. Es amigo del capitán Turner. El capi fue el que me dijo que estaba disponible.

—Ajá.

—Está loco por alquilarlo; Crawford, quiero decir. Me dijo que se haría cargo de la cuenta de la luz; todo lo que hemos de pagar es el teléfono y la renta.

—¿Así que cuánto quiere?

—¿No te lo he dicho?

Sabía de sobra que no. No me había dicho nada por teléfono excepto que había encontrado un sitio y que podríamos ir a echarle un vistazo.

—No —dije—, no me lo has dicho. ¿Cuánto?

—Ochenta y cinco.

—¿Cuánto?

—Incluida la luz, recuerda...

—Ochenta y cinco es un precio exorbitante, Eb.

—¿Para un sitio de este tamaño?, ¿prácticamente en el centro de la ciudad? Además, ya te lo había dicho antes, puedo cubrir la renta de un par de meses si de eso se trata.

—No sé...

—No encontraremos una oferta mejor —dijo—. Y has admitido que el sitio no está tan mal. Podrías trabajar aquí bien, ¿no?

—Supongo que sí.

—Entonces ¿qué? Propongo que lo tomemos antes de que alguien más lo haga. Vayamos a la oficina de Crawford inmediatamente a firmar el contrato. ¿Qué te parece compañero?

Sus ojos mostraban ilusión; era la segunda vez en los últimos cuatro meses que esto ocurría, desde que las balas de un asesino casi acaban con su vida. La primera había sido hacía dos semanas y media, justo antes del Día de Acción de Gracias, cuando había dejado las evasivas y había accedido a lo que llevaba proponiéndome durante semanas; hacerlo mi socio en mi negocio de investigaciones.

Había tomado tal decisión aún en contra de mi propio juicio, y del consejo de Kerry Wade y más gente; más de una vez había pensado en volverme atrás. Mierda, en aquel mismo instante lo pensaba. Pero había dado mi palabra, que era lo máximo que podía darle a alguien, y era algo que no me tomaba a la ligera, especialmente cuando se trataba de un buen amigo como Eberhardt.

Sin embargo me costaba trabajo dar el último paso. Dije:

—De acuerdo, Eb, la tomaremos, iremos a firmar el contrato.

Las palabras parecían retraerse en mi garganta, porque una vez dichas significarían la pérdida de algo que había sido para mi solo durante veintitrés años, algo que yo había construido y que era como una extensión de mí mismo. La sociedad lo cambiaría, lo convertiría en algo compartido, en un incómodo negocio íntimo parecido a un matrimonio



sin sexo. Me sentía como si me encontrara frente a un altar en el día de mi boda. Me sentía como si estuviera perdiendo mi libertad.

Pero mis sentimientos ya no tenían ninguna importancia ahora, porque me había comprometido, había pronunciado las palabras. Y él había sonreído levemente, más que nada aliviado; me había dado unos golpecitos en el brazo y durante aquellos pocos segundos se había parecido de nuevo al viejo Eberhardt, aquél que no tenía canas de más en su cabello, aquél que había conocido el error que desencadenó el tiroteo y su retiro autoimpuesto de la policía de San Francisco; aquél que se preocupaba por las cosas. Aquél que podría volver a preocuparse.

Así que después de todo merecía la pena hacerlo mi socio, abandonar mi pequeña parcela de libertad. Si aquello le hacía recordar la felicidad, si hacía que volviera a preocuparse, entonces no se trataba realmente de un sacrificio para mí, ¿no?

No, maldita sea, no lo era.

La oficina de Sam Crawford constaba de dos llamativas habitaciones en la calle Bush y una llamativa secretaria rubia haciendo juego. El mismo Crawford era llamativo. Gordo, vestía traje de tres piezas, y fumaba pequeños puros en una boquilla de ónice; además llevaba un anillo de oro con un diamante en el dedo meñique de la mano derecha que probablemente sería lo suficientemente valioso como para alimentar a una hambrienta familia de seis personas durante un año. Se parecía a una fotografía de un político del Tammany Hall que había visto una vez.

Rellenó el contrato cotorreando todo el tiempo, convenciéndonos del magnífico negocio que hacíamos. También nos contó chistes y se rió muchísimo, porque tenía dinero y el dinero lo convertía en un hombre muy feliz; era el típico sujeto que podría reírse en los funerales y hacer co-

mentarios tales como: «pobre desgraciado, nunca ha tenido nada y ahora jamás lo tendrá». Y voluntariamente nos ofreció la información de que poseía una docena de edificios en la ciudad, incluyendo los tres de Hunters Point y los cinco del distrito Fillmore. Claro que él no era un casero de barrio bajo, había dicho. Ni soñarlo. Se portaba bien con su gente cuando le era posible. Y una mierda. Fue la frase que utilizó: «su gente», como si de ganado de precio se tratara.

Ya, pensé, un benefactor. Me agradaba casi tanto como los gusanos de las patatas y los roedores con colmillos. Pero bueno, casi nadie de los que conocía me agradaba. Me sentía triste y un poco áspero, esa era la palabra que Kerry utiliza para describir ese estado de ánimo bajo e irritable que te ataca a veces, cuando nada parece estar bien y todo y todos te molestan. Por supuesto era la típica reacción que proseguía a mi sociedad con Eberhardt; ya lo sabía, pero no hallaba el modo de salir de tal estado. Ya tenía bastantes problemas con intentar controlarme, así que no le diría a Crawford lo que pensaba que debería hacer con sus tres edificios de Hunters Point y los cinco de Fillmore.

Finalmente firmamos el contrato, Eberhardt extendió un cheque y salimos de allí. Lo último que Crawford nos comentó fue que podíamos mudarnos cuando gustásemos, sólo nos cobraría la renta de medio mes a partir del día quince; acompañaba sus palabras con una nube de humo que me lanzó a la cara, haciendo que se me revolviera el estómago. Así que me alegré doblemente al salir al aire fresco de nuevo; aunque la lluvia era más espesa y el viento rugía y se lamentaba y azotaba los coches aparcados junto a la acera.

Cuando alcanzamos mi coche en la manzana contigua ambos estábamos empapados.

Puse el motor en marcha y encendí la calefacción. Estuvimos allí un rato sentados intentando secar. Al poco tiempo Eberhardt dijo:

—Crawford es un tiburón.

Lo miré.

—Te has dado cuenta, ¿eh?

—Claro, desde el mismo instante en que posé mis ojos sobre él esta mañana. Pero no tendremos que tratar con él demasiado; no pertenece a la clase de caseros que se dedican a husmear. Y sigo diciendo que hemos tenido suerte.

—Quizás sí.

—¿Qué te parece si abrimos la tienda el próximo lunes?  
—preguntó—. El State Board ya ha aprobado mi instancia para la licencia, así que no tenemos que esperar. Disponemos de cuatro días para meter las cosas.

—Sí, de acuerdo.

—Llamaré a Ma Bell para lo del teléfono, ¿qué te parecen dos?

—Si ponemos más van a creer que queremos hacerles la competencia.

Se rió. Me sorprendió ligeramente; ya no recordaba la última vez que lo había oído reírse.

—Me compraré una mesa —dijo— en una de esas tiendas de mobiliario de oficina de Mission en las que venden cosas de segunda mano. ¿Se te ocurre algo más?

—Lo que te plazca.

—¿A qué empresa le has encargado el transporte de tus cosas? Se lo dije.

—¿Lo podrán traer el lunes?

—No veo por qué no. Los llamaré.

—Bueno, pues ya está listo casi todo.

—Casi todo.

—Escucha —dijo seriamente—. Va a funcionar, ya lo verás. Yo llevaré mi propio peso, y no voy a cargarte en absoluto. Tú eres el jefe, me dices lo que he de hacer y lo haré.

No hice ningún comentario. Conocía a Eberhardt desde hacía tiempo. Estaba acostumbrado a mandar, era terco, tenía su propia opinión sobre cómo hacer las cosas, y siempre estaba convencido de que era la correcta; y en ciertos asuntos o era ciego o presentaba la visión de un túnel. Ha-

blaba en serio cuando decía lo de cumplir las órdenes, en aquel momento. Pero más tarde, ¿qué ocurriría cuando se tratara de empujar uno u otro caso? No quería pensar en ello, porque estaba bastante seguro de lo que ocurriría. Lo que no sabía, hasta que sucediera, era cómo iba a manejar yo la situación.

Se sacó del bolsillo del abrigo una de sus escabrosas pipas y se la colocó entre los dientes.

—No sé tú —dijo por la boquilla—, pero yo estoy hambriento. ¿Qué te parece si vamos a algún sitio a meter algo sólido? Quizás al Old Clan House a comer unas ostras fritas...

Ostras fritas, pensé al tiempo que mi estómago se revolvía del mismo modo que cuando Crawford me había echado el humo de su puro a la cara; pero el motivo no era el mismo.

—No puedo Eb —dije no muy animado.

—¿Por qué no? ¡Ah, Cristo!, ¿aún estás a régimen?

—Me temo que sí.

—Pues no estás más gordo de lo que estabas antes —dijo—. ¿Para qué demonios quieres perder peso?

—Mi salud. No es bueno tener una tripa como la mía a esta edad.

—Antes no te preocupaba tu tripa. Kerry está detrás de ese asunto de la dieta, apuesto la cabeza.

Y estaba. Llevaba meses acosándome para que perdiera siete y ocho kilos; pero yo no quería confesárselo. No le había contado ni a él ni a nadie más lo de los abortados intentos de Kerry para que hiciera deporte, y tampoco debería haberle contado a Eb lo de la dieta. Era alto y esbelto, todo ángulos incluido su rostro, y nunca había tenido problemas con su peso. No entendía lo que podía suponer para tipos como yo.

—No —dije—, no es obra de Kerry sino mía. Estoy harto de tener que levantar la barriga con las manos cada vez que quiero ver lo que tengo colgando debajo.

Eberhardt se rió de nuevo. Aquella vez el chiste era a mi cargo, pero estaba bien, por lo menos pude cambiar de tema; ya tenía bastantes problemas con aquella dichosa dieta como para encima tener que hablar de ella. Lo único que logró fue hacerme pensar en comida.

Lo llevé hasta la calle O'Farrell donde tenía aparcado su coche, y a continuación me fui a mi casa en Pacific Heights. No había nada más que hacer; en aquellos momentos no tenía ningún trabajo. Deseé con todo mi corazón tenerlo, un último caso en solitario, una última aventura de investigación. Bien, quizá surgiera algo hoy o mañana, algo simple que pudiera resolver antes del lunes, sin tener que involucrar a Eberhardt.

Tuve que aparcar a una manzana de distancia de mi edificio, y para cuando entré en el vestíbulo tenía mojada hasta la ropa interior. Desde el interior del piso del bajo que pertenecía a mi amigo Litcha, un inspector de incendios retirado, salía un olor de cocina, estofado, quizás, o algún otro plato lituano preparado con montones de ajo. Se me hizo la boca agua; y comenzó a dolerme el estómago. Toda mi comida aquel día había consistido en dos huevos y una naranja para desayunar. Para el almuerzo se suponía que debía tomar una ensalada con más huevos. Todos los días de una tanda de diez, huevos para desayunar y huevos para almorzar, e incluso algunas veces huevos para cenar, ¡Jesucristo!, ¿qué clase de comida era aquella para un grandullón y activo hombre? Muy pronto comenzaría a aletear y a graznar y a picotear la tierra como un desnutrido pollo. Me deshice de mis ropas empapadas y me subí a la pesa del baño. Lo mismo que por la mañana y que el día anterior: 105 kilos. Había perdido exactamente un kilo en diez días. Solté una sucia palabreja. Y a continuación tomé una ducha de agua caliente que me entonó de nuevo. Ése era otro de los puntos de la dieta; siempre tenías frío porque no obtenías el fuel suficiente para alimentar el horno.

Mi estómago continuaba gruñendo. No me apetecían los huevos, comenzaba a odiar los huevos, pero estaba tan hambriento que me podría incluso comer su envoltura de cartón. Ni siquiera podía freír aquellos malditos chismes, oh no, porque la mantequilla y la margarina y el aceite contenían demasiadas calorías; debía hervirlos. Así que puse agua a calentar y preparé una ensalada de lechuga y pepinillos, sin salsas, las salsas contenían demasiadas calorías, sólo un poco de vinagre y sal y pimienta. Comí la ensalada mientras esperaba a que el agua hirviese. Comida de conejo. Conejos y pollos; ¡bah!

Después de meter los huevos en el agua me fui al dormitorio para comprobar el contestador automático. Dos llamadas. La primera me hizo encogerme ligeramente; era de Jeanne Emerson y decía que había vuelto a la ciudad y quería saber cuándo podríamos reunirnos y preparar nuestro artículo. Se suponía que el artículo iba a tratar de mí, mi carrera, y mis tentativas y tribulaciones durante los últimos meses; Jeanne era reportero gráfico. Opinaba que yo representaba «la lucha del hombre corriente por mantener sus ideales inmerso en un sistema restrictivo», lo cual por lo que a mi respectaba era una chorrada; pero ella se lo tomaba en serio.

Y también me tomaba en serio a *mí*. En octubre había insistido con llamadas e insinuaciones para que nos viéramos más a menudo, y me había incomodado. No me hubiera importado ver *todo* sobre su persona si hubiera llegado a mi vida ocho meses antes, porque era una dama china muy atractiva; pero tal como estaban las cosas yo tenía mis manos y mi corazón llenos con otra dama muy atractiva, Kerry Wade, quien había entrado en mi vida ocho meses antes exactamente. No quería hacer nada que arriesgase mi relación con Kerry; así que había sido un alivio el que Jeanne aceptase un lucrativo trabajo para su revista y se fuera a los bosques de Méjico durante seis semanas.

Pero ahora mi respiro había concluido y allí estaba ella de nuevo, y yo sin saber aún cómo manejar la situación. Hacer el artículo conllevaba el riesgo de sucumbir a la tentación; y no hacerlo significaría ofender a Jeanne y perder publicidad gratuita. Una magnífica alternativa. Necesitaba más tiempo para pensarlo, así que no contestaría aún a su llamada. Bien podía encontrarme ausente de la ciudad, ella no lo sabía.

Todo un duro y valiente detective privado era yo. Mézclame con una o dos mujeres y salgo como una cartulina en una tormenta.

La otra llamada, por coincidencia, también era de una mujer oriental, esta vez una japonesa que decía llamarse Haruko Gage y que necesitaba los servicios de un investigador. Me animé un poco; quizá se trataba del trabajo que tanto había codiciado antes. Anoté su número y me dirigí a la cocina para rescatar mis huevos. Los coloqué en un plato y los observé durante unos diez segundos. A continuación abrí la nevera y saqué una caña de apio que coloqué encima, y todo ello iría a parar a mi quejumbroso estómago. En aquellos días no comía; o bien tragaba pienso o pacía como un maldito caballo.

Kerry, pensé, las cosas que hago por ti.

De vuelta al dormitorio marqué el número de Haruko Gage. Un hombre contestó y cuando le pregunté por la dama, quería saber quién llamaba; sonaba tímido y cauteloso. Se lo dije.

—Oh, sí —dijo, y la cautela desapareció y su voz sonaba tímida e infeliz—. Bien, ha tenido que salir un momento, pero regresará pronto. Soy su marido; ¿Art Gage? —Y convirtió el nombre en una pregunta, como si no estuviera seguro de quien era.

—¿Para qué quiere verme su mujer, señor Gage?

—Por esos regalos que llegan.

—¿Regalos?

—Por correo; nos están volviendo locos.